

JORNADA SEGUNDA

De día: en un bosque. A la izquierda, foro, una piedra blanca, en la que podrán sentarse.

ESCENA PRIMERA

OVEJA; OVEJAS 1.^a y 2.^a *entrando por la derecha. Después el LOBO.*

OVEJA 1.^a—Vamos ligeras.

OVEJA 2.^a—¡Corre, hermana, que nos persigue el Lobo!

OVEJA 1.^a—Corramos, corramos...

LOBO.—Mis piernas son más ágiles y os alcanzaría pronto si esa fuera mi intención. ¡No tembléis, corderas!

OVEJA 1.^a—*(Cogiendo a la segunda y huyendo con ella por la izquierda)*—¡Ven, ven, que ya está ahí...!

(Mutis por la izquierda las Ovejas primera y segunda.)

ESCENA II

CORDERA y LOBO.

LOBO.—(*Poniéndose delante.*)—No escapes tú... ni tiembles.

(*Apartándose.*)

No escapes tú, aunque libre está el sendero.

CORDERA.—Llevo prisa...

LOBO.—Corderita primorosa, ¿por qué no me quieres?

CORDERA.—Y es muy tarde ya.

LOBO.—Corderita de lana rizada, ¿por qué no me sigues?...

CORDERA.—No me dejan que ande sola de noche por el bosque.

LOBO.—¡Sola, no; hay muchas fieras!

CORDERA.—¿Y usted no es fiera, señor Lobo?...

LOBO.—No...

CORDERA.—Mis padres lo dicen...

LOBO.—Por el egoísmo de que no te alejes de su lado.

CORDERA.—Lo dicen mis hermanas.

LOBO.—Porque lo oyen.

CORDERA.—Y algunas desaparecieron ya para siempre, que otros señores lobos se las han comido.

LOBO.—Cada vez que las ovejas se extravían por el monte, si vuelven, dicen que un lobo se las ha llevado; si no vuelven, otros dicen que un lobo se las ha comido, y la fama de los lobos ha de pagar siempre lo que en alguna ocasión no es más que hazaña de corderos...

CORDERA.—Y siendo tan leales las intenciones de usted, ¿por qué no le habla usted a los míos, en lugar de buscarme a solas y a escondidas?

LOBO.—Con los tuyos no me entendería. Somos de otra raza.

CORDERA.—Mejor la de usted, ¿verdad?

LOBO.—¿Para qué averiguar si es mejor o peor...? ¿No basta ya con que sea distinta...? Y aunque por un momento yo me volviera tímido como ellos, o ellos aprendieran el aullido mío... ¿qué importaba eso si al llegar el peligro sería yo el que aullase, yo solo a clavar los dientes y a destrozar las carnes...?

CORDERA.—¡Ay, señor Lobo, que se ve mu-

cho que es usted fiera...! ¿Cómo voy a seguirle...?

LOBO.—No temas, porque te quiero.

CORDERA.—¿Y el día en que usted no me quiera...?

LOBO.—Me acordaré de que te he querido y te respetaré más, que no son los fuertes los que dejan la carga en mitad del camino, aunque les pese y les agobie.

CORDERA.—No, no...; me quedo con mis hermanos: ellos me quieren.

LOBO.—Menos que yo, porque han de querer a muchos.

CORDERA.—Me quedo con mis padres, que me adoran.

LOBO.—Menos que yo, puesto que han de querer a varios hijos, y yo no tengo más adoración que la tuya.

CORDERA.—¿Es más grande el cariño de usted que el suyo, más hondo, más duradero...?

LOBO.—¡Más, más, mucho más! La ley de naturaleza es que el lobo devore a la oveja, y que ella tiemble sólo por verse ante él.

CORDERA.—¡Qué mala es naturaleza...!

LOBO.—Y amor, cordera mía, es lo que hace

a los lobos olvidarse de que son lobos cuando se acercan a su cordera.

CORDERA.—¡Qué bueno es amor...!

LOBO.—Y amor, cordera mía, es lo que hace a las corderas no tener miedo cuando se les acerca el lobo.

CORDERA.—Yo no le tengo miedo, señor Lobo...

LOBO.—Eso es que me quieres.

CORDERA.—No, no...

LOBO.—Eso es que no lo sabes aún...; anda, ven conmigo...

CORDERA.—No puedo, me reñirían.

LOBO.—¿Por qué no me sigues...? ¿Por qué no me quieres...?

CORDERA.—Porque desconfío. Si fuese tan verdadero y tan firme el cariño de usted..., ¿a qué separarme de los otros cariños...? ¿No sería más dulce reunirlos todos...?

LOBO.—¡Pues mándalo tú! Y si es menester que me sujeten a una argolla y que me arranquen los dientes y las uñas, díles que por amor tuyo les entrego complacido mi fuerza y mi libertad.

CORDERA.—Pues a señora madre voy a decirle cómo quieren los lobos, cuando quieren,

que ella no lo sabe todavía, porque tan sólo ha querido a su cordero. Adiós, señor Lobo...

(Vase.)

LOBO.—Adiós, corderita. Que la noche te guarde y que el sol te vuelva a ver con mis ojos, que tanto bien te desean...

(Mutis Oveja por la izquierda;
el Lobo, a distancia, va tras ella.)

ESCENA III

El ZORRO por la derecha y la GATA por el foro avanzan cautelosamente.

ZORRO.—Señora Gata...

GATA.—Señor Zorro... ¿has oído?

ZORRO.—¿Estarías escuchando...?

GATA.—Naturalmente. ¿Y tú también?

ZORRO.—También. ¿Y qué opinas...?

GATA.—¿De nosotros...? Mal.

ZORRO.—De ellos, de ellos.

GATA.—¡Que es adorable una ilusión así...!
¡Quién volviera a tanta inocencia...!

ZORRO.—Volver, ¿supone haber estado ya alguna vez...?

GATA.—Para ti sería empezar, que ya has nacido zorro.

ZORRO.—Y tú gata; cuando Dios nos junta, sus razones tendrá...

GATA.—Podría ser mejor, lo confieso, pero es muy pequeña mi culpa: casi no es mía...

ZORRO.—¿De quién?

GATA.—¡Del destino!

ZORRO.—Ese buen señor ha de llevar tantas, que por una más no creo que se enfade.

GATA.—En qué pocos se pondrá de relieve la influencia de los astros enemigos con la claridad que en mí... No me negarás que soy amable, cariñosa, tierna...

ZORRO.—Más lo fuiste... de más joven.

GATA.—Y a pesar de todo, no tuve suerte ninguna. ¡He sido muy desgraciada con el amor...!

ZORRO.—Y el amor contigo.

GATA.—Con el ansia de cariño, con la necesidad mía de cariño, ¿no es horrible que yo sea viuda...?

ZORRO.—Y tantas veces como lo eres... ¡Horrible, señora Gata! Aunque vas a pertimitirme que rectifique un detalle: siendo tú la que los dejas, los viudos son ellos.

GATA.—Para mi soledad es lo mismo que se marchen ellos o que me marche yo...

ZORRO.—Cierto; y para quejarte aún es mejor. Porque los dejarías tú si ellos no fuesen desagradables... Yo, al que abandona a otro, le compadezco siempre.

GATA.—No he logrado la fortuna de encontrar quien reuniera las condiciones apetecibles para hacerme dichosa: uno era valiente, otro era listo, otro bondadoso...; pero ninguno lo reunía todo.

ZORRO.—Has debido conservar a los tres, y de esa manera tendrías en cada uno la cualidad que más ambicionaras.

GATA.—¡Imposible...!

ZORRO.—No... Al cabo se entenderían. El listo se hubiera burlado del valiente, el bondadoso hubiera aguantado a los dos..., y tú a los tres. Y todos contentos.

GATA.—Prefiero ser libre y quizás algún día encuentre por el mundo ese ideal que voy buscando.

ZORRO.—Yo me ofrecería interinamente...

GATA.—(Zalamera.)—Señor Zorro...

ZORRO.—¡Pero temo que se ofenda el ideal...!

GATA.—Tú eres muy inconstante...

ZORRO.—Y tú también. Por ese lado congeniamos.

GATA.—Y si me decidiera a quererte, ¿jurarías no abandonarme nunca...?

ZORRO.—¿Lo han jurado mis antecesores...?

GATA.—Sí...

ZORRO.—Pues yo no soy menos. ¡Lo juro! Ah, oye: ¿arañas?

GATA.—No.

ZORRO.—Yo tampoco muerdo... Pero si diera la casualidad de que arañases, podía dar la casualidad de que yo mordiese...

GATA.—¿Quién piensa en ello...?

ZORRO.—Los que adoran a las gatas, no sobra que se acuerden de las uñas, por si en alguna ocasión es un hechizo más...

GATA.—No temas...

(Ofreciéndole avellanas envueltas en un trozo de piel.)

¿Quieres...?

ZORRO.—¿Golosinas?

GATA.—Avellanas. Las he cogido para mí: ahora ya debo partirlas contigo.

ZORRO.—¡Esto es amor!

GATA.—Avellanas, avellanas...

ZORRO.—(*Cogiendo unas pocas.*)—¿Pero con la cáscara todavía...? ¿Quieres partirlas conmigo o quieres que las parta yo para ahorrarte el trabajo...?

GATA.—Son tan duras..., y como tú tienes más fuerza...

ZORRO.—Lo haré, pero me parece que debíamos abstenernos de ellas. Es un alimento muy difícil y que da mucho ardor...

GATA.—(*Bajando los ojos.*)—Señor Zorro...

ZORRO.—Ardor de estómago, señora Gata... Y por tu salud...

GATA.—Si te contraría el partirlas...

ZORRO.—Alguna vez me he cogido los dedos con las piedras, pero no importa. Lo haré por servirte.

GATA.—Llévamelas mañana...

ZORRO.—Mañana iré..., y si hoy tropiezas con el ideal, dile de mi parte que dispense...

GATA.—Adiós... Te amo, señor Zorro...

(*Marcha.*)

ZORRO.—Te amo, señora Gata... Adiós.

GATA.—Hasta mañana: ¡no lo olvides!

(*Volviéndose a mirarle.*)

ZORRO.—Y hasta mañana siquiera, no te olvides tú de que me amas...

GATA.—Nunca. ¡Lo hemos jurado!

ZORRO.—A cualquier cosa le llamas tú una dificultad...

GATA.—Adiós.

(*Mutis por la derecha.*)

ZORRO.—Adiós... El amor que vimos en la cordera y en el lobo despertó ese amor nuestro; pero aunque la Gata y yo digamos lo que digamos, este amor no es como aquel amor... Para nosotros, quizás sea bastante.

GATA.—(*Volviendo a entrar.*)—Voy por aquí.

ZORRO.—¿Algún mal encuentro?

GATA.—Un señor Oso, con el que no estoy en buena armonía...

ZORRO.—¿Fue uno de los tres?

GATA.—No, pero es pariente y está ofendido en nombre de la familia. Adiós.

ZORRO.—Vete sin cuidado. A ese le despisto yo fácilmente..., y además, me va a partir las avellanas.

(*Mutis la Gata por la izquierda.*)

ESCENA IV

EL ZORRO; el Oso, por la derecha.

Oso.—Compadre...

ZORRO.—Hola...

Oso.—¿Tenías visita?

ZORRO.—No. Este año no señalé día de reci-
bo... ¿Eres goloso...?

Oso.—¿Por qué lo dudas...?

ZORRO.—Pues aquí tengo el manjar más ex-
quisito que cuelga de los árboles.

Oso.—Venga.

ZORRO.—Para ti las he cogido. Tómalas.

Oso.—(Comiéndose una.)—¡Pero esto no sa-
be a nada!

ZORRO.—Hay que quitarles la cáscara.

Oso.—¡Ah, pero tienen cáscara...! ¿Por qué
no me lo adviertes...?

ZORRO.—Son muy pocos los que han llegado
a saborearlas, porque no hay quien acierte con
el modo de abrirlas. Es preciso fuerza...

Oso.—(Riendo.)—¿Fuerza...?

ZORRO.—Y habilidad...

Oso.—¿Habilidad...? Trae, trae.

ZORRO.—Que te vas a cansar...

Oso.—¿Yo...? Trae, torpe, trae...

(Le quita las avellanas, se sienta en una peña v sobre otra va partiéndolas.)

ZORRO.—(Cogiendo una piedra del suelo y entregándosela.)—Suave, para no machacarlas... ¿eh?

Oso.—Esto lo hace cualquiera.

ZORRO.—Es asombroso... ¡Qué hábil eres!...
¡Cómo te envidio...!

Oso.—¿Te acuerdas tú de aquella Gata famosa... ¿Aquella que se portó malamente con la familia...?

ZORRO.—Esa no es señal para distinguirla..., pero continúa.

Oso.—Apostaría a que la he visto. ¡Pero escapa en cuanto me huele...! Como de ti no ha de recelar, ¿por qué no la buscas y la traes...?

ZORRO.—Porque no la conozco.

Oso.—Yo creía que sí...

ZORRO.—Pues no...; pero iré trayéndote todas las gatas que encuentre.

Oso.—¡Van a ser muchas!

ZORRO.—Esto te ha de ocurrir siempre con ellas. Ninguna, es poco; y una, ya son mu-

chas. Créeme, apreciableísimo Oso: en esta cuestión no vale la pena de incomodarse. Y ya que sin las gatas no podemos vivir, el único procedimiento razonable es ir las tomando una a una, y ajenas a ser posible...

Oso.—¡Eso no es digno de mi carácter!

ZORRO.—Así te engañan con tanta dignidad...

Oso.—¡Ay! ¡Caramba con la piedra maldita!

ZORRO.—Ya te dije yo que era muy difícil...

Oso.—¡Es que me deshice un dedo!

ZORRO.—Si soy yo me deshago la mano... Pártelas, pártelas tú...

Oso.—(*Recogiendo las avellanas.*)—Ya están.

ZORRO.—Pruébalas...

Oso.—¡No me gustan...! ¡Creo que sabían mejor con cáscara!

ZORRO.—Lo que más me mortifica es el trabajo que empleaste. Dámelas, yo me las comeré... aunque me fastidia bien.

Oso.—No te apures....

ZORRO.—Ya partidas, no me apuro.

ESCENA V

DICHOS: *el Lobo por la izquierda.*

LOBO.—Caballeros, ¿a dónde va la buena compañía?

ZORRO.—Y el Lobo galán, ¿de dónde viene?

LOBO.—De donde quiero yo y de donde no me quieren a mí.

Oso.—(*Dándole un manotazo.*)—¿Acertijo tenemos?

LOBO.—(*Al Zorro.*)—Aunque pone buena cara, ¿habrá pretendido lastimarme?

ZORRO.—No. Ha pretendido contestarte nada más. Dijiste una agudeza y te respondió con otra.

LOBO.—¿Pegando...?

ZORRO.—Eso es lo que entienden los osos por agudezas: el que no sabe responder, pega.

Oso.—¿Qué decís...?

ZORRO.—Alabando tu ingenio.

Oso.—(*Afectuoso, pero levantando la mano.*)—Querido Zorro...

ZORRO.—Pero no lo prodigues...

Oso.—Bueno.

(*Al Lobo.*)

¿Con que de expedición...? ¿Hubo presa...?

LOBO.—No, que soy el más débil. En esta pelea que traigo conmigo mismo, la fuerza no me vale. Amigos, ¿no me daríais un consejo...?

Oso.—Pide, que si te basta uno leal...

ZORRO.—O uno que no lo sea...; tú podrás luego elegir el que te lleve más rápido a tus deseos...

LOBO.—Soy lobo y de lobo no me admiten: ¿qué he de hacer para serlo y no serlo al mismo tiempo...?

ZORRO.—¿Por qué no vas de hipócrita...?

Oso.—¿Qué animal es ese...?

ZORRO.—El único que es y no es en toda la creación, porque sabe ocultar lo que es, y lo que no es sabe fingirlo. ¿Te conviene, Lobo?

LOBO.—¡No!

Oso.—¿A qué sitio irás...?

LOBO.—Entre ovejas.

Oso.—¿Por qué no te las comes...? Eso quizás suavizaría dificultades.

LOBO.—Porque adoro a una cordera.

Oso.—Pues cómete esa también. ¿Qué inconveniente hay...?

LOBO.—No, señor Oso, no. La amo de amor, de vida: no de que lllore o de que muera.

ZORRO.—Comprendido. El caballero Lobo no quiere enojar a su amada, sino guiarse por ella; lo que la loba hace al lobo le place...

LOBO.—¡La mía es una cordera!

ZORRO.—Ahora. Cuando vivais juntos, uno de los dos se amoldará a las inclinaciones del otro. Por ti, prefiero que ella se vuelva loba.

LOBO.—¡Yo no, que lo que más adoro es su candor y su inocencia!

Oso.—Eso no le va a durar siempre...

ZORRO.—¿Y no serás tan loco tú, que en lo primero que ha de perder ella pongas una esperanza eterna...?

LOBO.—Sí, que yo velaré para que nada lo empañe.

ZORRO.—(*Al Oso.*)—Está enamorado: es natural que no discurra bien.

Oso.—Esta cordera, ¿no será aquella gata...?

ZORRO.—De lana a pelo, no creo que haya más diferencia.

(*Al Lobo.*)

Pero, en fin, ya que te determinas a la aventu-

ra, el señor Oso me dice que puedes contar con nosotros.

Oso.—¡Yo no he dicho nada!

LOBO.—¿Es una idea del señor Oso...? ¿No será tuya...?

ZORRO.—No. Las nuestras, siempre son suyas. Como tiene la fuerza hemos convenido en que tiene el entendimiento, y así vamos a gusto los dos... Escucha, pues, sus palabras: mi distinguido amigo y jefe el señor Oso, te pregunta por mi boca... ¿Qué ganamos al servirte...? Si con el apoyo nuestro, astucia o fuerza, o lo que sea menester, consigues tu amor, que es tu apetito, ¿con qué satisfaces el nuestro...?

LOBO.—Con cuanto queráis.

ZORRO.—Entendámonos, pues: El caballero Lobo, que tiene su corazón de lobo enternecido, ama de amor a una señora Cordera.

LOBO.—De amor, y por ella daría la vida.

ZORRO.—Es poco.

Oso.—¿Poco...?

ZORRO.—Sí, porque la vida se da en un momento, y de un momento sublime o ruin cualquiera es capaz. Pero la quiere tanto, ¡tanto!, que va a sacrificarse por conseguirla, renegando de su instinto, de sus iguales, los señores

lobos, y de sus amigos, las demás señoras fieras.

Oso.—¿Se volverá cordero?

ZORRO.—No. El lobo siempre es lobo.

Oso.—¿Pero enamorado?

ZORRO.—Será amante para una cordera y lobo para las demás. Ayudémosle a conseguirla; y cuando el señor Lobo esté dentro del cercado, el señor Lobo abrirá las puertas y entraremos nosotros. Esto es lo que propone el señor Oso.

Oso.—¡Gran idea tuve...! ¿Quedamos en ello?

LOBO.—En todo, con tal de que respetéis siempre a mi cordera.

ESCENA VI

DICHOS: *el SAPO, por el foro.*

SAPO.—¡Croak, croak...!

LOBO.—En todo, con tal que dejéis cumplido mi amor, y el afán del suyo, que fuera de ella, de su encanto y de su pureza, el universo no existe para mí.

SAPO.—¡Croak... croak...!

Oso.—(Al Zorro.)—¿Qué dice el Sapo...?

ZORRO.—Que en el universo existen cosas más reales que la bondad y la pureza. ¿Es eso, señor Sapo?

SAPO.—Eso. ¡Croak, croak...!

(Mutis lento el Sapo por el foro, a donde no había hecho más que asomarse.)

ESCENA VII

DICHOS: *el Gallo, por la izquierda.*

GALLO.—(Entra muy rápido, habla de prisa y marcha escapado otra vez por la izquierda.)—¡Vengo de parte de la señora Oveja...!

LOBO.—(Deteniendo al Zorro, que se lanza sobre el Gallo.)—¡Que es un amigo!

ZORRO.—Yo no había visto que era más que un gallo...; pero basta que tú lo digas. ¡No aprietes tanto!

Oso.—Y haz el favor de escoger un poco tus relaciones, para evitarnos estos compromisos.

ZORRO.—¡Fíjate, Lobo...! ¡Los enemigos

puedes aceptarlos todos indistintamente; pero los amigos hay que escogerlos mucho!

Oso.—Porque luego es muy sensible tener que comerse a un amigo...

LOBO.—¿Puedo hablar con él sin temor...?

Oso.—Sí.

ZORRO.—Sí. Pero no me lo presentes: no quiero cargos de conciencia para el porvenir.

LOBO.—(Acercándose a la izquierda.)—¡Señor Gallo...! Pase usted tranquilo.

GALLO.—(Entrando muy desconfiado.)—¿Tranquilo...?

LOBO.—Me dieron su palabra: desde hoy puedes contar con su amistad.

GALLO.—Y ellos con la mía..., pero a distancia. La señora Oveja quisiera hablar con usted un momento.

LOBO.—Dile que venga.

(Al Oso.)

¿Me permitís...?

ZORRO.—(Yéndose hacia la izquierda.)—Sí, vámonos.

GALLO.—Señor Lobo, ¡que viene un amigo!

LOBO.—No, no, por aquí..., si os da igual. Y os acompañaré un rato...

Oso.—(*Abrazando al Zorro.*)—Por aquí...
Los gallos son muy sabrosos, ¿eh...?

ZORRO.—¡Tiene nuestra promesa y es sagrado...; pero son muy sabrosos, sí...!

LOBO.—¿Vamos, señores...?

(*Mutis por la derecha Lobo, Oso y Zorro.*)

ESCENA VIII

GALLO; *el PERRO y la SEÑORA OVEJA,*
por la izquierda.

GALLO.—Acérquese usted..., no hay peligro.

SEÑORA OVEJA.—¿Le dijiste que he de hablarle...?

GALLO.—Conforme usted lo dispuso. Ahora mismo volverá.

PERRO.—No transijas, que sería vergonzoso y humillante.

GALLO.—Y en ese terreno, debes escucharte, que en humillaciones ha de ser maestro, ya que todos los días aguanta alguna.

PERRO.—¡Más noble soy que tú!

GALLO.—La nobleza de que te llamen noble, si la tienes: otra, no te la conozco.

PERRO.—¡Puedes vanagloriarte...! No vives sino de favores, y los cacareas.

GALLO.—Al revés que tú, que ladras de más lo que muerdes de menos.

SEÑORA OVEJA.—No riñáis, que ahora no son vuestros asuntos los que se ventilan.

GALLO.—Pero son los que continúan importándonos...

PERRO.—¡Egoísta...!

(*A la Oveja*)

No transijas; quítale toda esperanza, que si llegase o entrar, por mucho que vigiléis, algo os mermará, que de lo contado come el lobo.

SEÑORA OVEJA.—Descuida. En el cercado nuestro no entrará jamás ningún extraño.

PERRO.—(*Advirtiendo.*)—¡El Lobo...! ¡No cedas!

GALLO.—¡El Lobo...! ¡Si no cedas, guárdate, que es lobo...!

SEÑORA OVEJA.—No os apartéis mucho...

ESCENA IX

DICHOS: *el Lobo, por la derecha.*

LOBO.—Buenas tardes...

PERRO.—(*Al Gallo.*)—¡Qué humilde viene...!

GALLO.—Es que te ve a ti... y como tú ya se ve él mismo en lo futuro.

LOBO.—(*Impaciente y con dureza.*)—¡Buenas tardes!

GALLO.—(*Apresurado.*)—Buenas tardes...

SEÑORA OVEJA.—(*Apresurada.*)—Buenas tardes, señor Lobo.

LOBO.—(*Amable ya.*)—A sus órdenes estoy, señora Oveja.

SEÑORA OVEJA.—Necesito hablarle. ¿Me promete usted no hacerme daño, aunque le diga algo que no le agrade...?

LOBO.—¿Por qué lo juro...?

SEÑORA OVEJA.—¡No sé por qué ni por quién suplicarle...! ¿Cree usted en nuestros pastores?

LOBO.—¿En los que ordenan que ustedes trabajen sin cesar, mientras que ellos se regalan...? Yo quiero un pastor más justo: no creo en el de ustedes.

SEÑORA OVEJA.—¿Cree usted en la tradición respetable de nuestro cercado?

LOBO.—¿En la tradición que acapara todas las bondades para el redil pequeñísimo de ustedes y nos deja fuera y sin misericordia alguna, presente ni lejana, al resto de los seres? ¡No puedo creer en eso, porque dejaría de creer en mí!

SEÑORA OVEJA.—¿Al menos temerá usted al Soberano Poder de nuestro Padre el Señor Sol abrasador?

LOBO.—¿Cómo he de temerle, si me basta la sombra de mi cueva para que se detenga ya el poder suyo? ¡Yo necesito un Señor más poderoso, y aún no lo encontré.

SEÑORA OVEJA.—¿Y entonces...?

LOBO.—Y entonces, ¿para qué buscar tan lejos los testigos? ¡Juro respetarla por usted misma, por mí mismo! ¿Qué mejor juramento quiere usted?

GALLO.—Mejor sería una cadena, pero ya que no es posible, buena es una palabra. Contentémonos... Con su licencia, señor Lobo.

PERRO.—(*A la Oveja*)—Yo estaré cerca.

GALLO.—¿Y lo dices cuando te separas? ¡Pe-

rro, no concluyes de aprender tu oficio de perro!

(*Mutis Gallo y Perro, por la izquierda.*)

ESCENA X

SEÑORA OVEJA y el LOBO.

LOBO.—Hable usted.

SEÑORA OVEJA.—La Cordera me dijo que usted la quiere. Y es tan inocente, que aún tuvo la candidez de preguntarme: «Si el Lobo me quiere, ¿por qué no he de querer al Lobo yo, señora madre?»

LOBO.—E hizo bien al preguntarlo. Toda juventud tiene derecho a un cariño verdadero, a uno suyo, no a uno que le impongan los demás. Y si ella prefiere el mío, ¿por qué han de oponerse ustedes?

SEÑORA OVEJA.—Por lobo.

LOBO.—Porque no fuera amor, sí; porque sea de un lobo, no. Amor de lobo o de oveja, de águila o de paloma, ¿qué más da, ni en qué lo diferencia usted, si por la tierra no han

sembrado los cielos más que un solo amor para todo lo que respira?

SEÑORA OVEJA.—Son diferentes.

LOBO.—¡Qué han de ser! ¡Los dioses, que supieron inventar muchas pasiones distintas, aún están con el amor en su primer invento, y cuando de adorar se trata, iguales son las fieras y los dioses!

SEÑORA OVEJA.—Serán, no lo disputemos. Pero ella no puede vivir en el cubil que usted le ofrecería, ni usted puede entrar en el cercano nuestro.

LOBO.—¿Ha venido usted a negar?

SEÑORA OVEJA.—Naturalmente: ¿voy a consentir...?

LOBO.—¡Hizo usted mal este viaje! ¡Admi-tiéndome, comprendo todas las mansedumbres; rechazándome, no veo ya más que enemigos...; y si usted es mi enemigo, señora Oveja, hizo usted mal en llegar tan al alcance de mi mano!

SEÑORA OVEJA.—(*Espantada.*)—¡Señor Lobo..., usted debía renunciar...!

LOBO.—¡No! ¡Ceden los que se afanan poco, o los que no aprendieron más que a suplicar; pero los que tienen garras y dientes y corazón